

VILAR, Juan Bautista, *La diócesis de Cartagena en el siglo XX. Una aproximación histórico-sociológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2014, 153 pp.

La fecunda pluma del profesor Vilar Ramírez nos regala en este libro una sugerente síntesis de nuestra historia eclesiástica contemporánea. Considerando la obra en conjunto, observamos su carácter de aproximación global a una temática amplia y compleja, cuyo detallado tratamiento hubiera requerido un espacio mucho más extenso. Por tanto tiene más de aproximación indicativa, que de estudio terminado que aspire a aprehender e interpretar toda la información disponible al respecto. Con todo, el trabajo no ha dejado de ser ambicioso en cuanto al asunto propuesto, una panorámica histórica que abarca un complicado reto, cual es el devenir de la Diócesis de Cartagena a lo largo de todo el siglo XX. Estructurado en tres bloques, los capítulos conservan por separado su unidad monográfica, aunque están hábilmente dispuestos en una secuencia temática, en torno a tres aspectos fundamentales de la Diócesis: la actuación pastoral de sus obispos, la configuración del clero y la proyección social, y de este modo consiguen sostener, como las columnas de un templo griego, el arquitrabe de la continuada evolución histórica. Esta peculiaridad, unida a la riqueza bibliográfica del estudio convierten al

libro en un excelente instrumento informativo del estado de la cuestión y de las principales aportaciones a la misma.

Otra cualidad del libro viene anotada por el mismo autor cuando nos avisa en la introducción que la historia que nos ofrece no es la descripción pormenorizada de los eventos, sino más bien el planteamiento básico de los problemas más grávidos de resonancias en su tiempo y en la posteridad. Aquí radica una de las originalidades del profesor Vilar, perceptible tanto en ésta como en otras de sus obras, en las que cumple la misión de oteador de nuevos horizontes históricos. No sólo en el sentido del pionero que rotura nuevos campos para posibles investigaciones venideras, sino también del guía experto que, con sus sugerencias, hace reparar en nuevos detalles, enfoques, perspectivas. Esta capacidad de sugerencia –posible sólo ‘ex abundantia scientiae’– suscita la reflexión, el pensamiento. Por ello el lector podrá debatir interactivamente con el libro sobre algunos puntos de vista del autor, pero siempre le encontrará interpelante y cercano. Hallará a un historiador que ante todo hace pensar y que, por añadidura, escribe con brillante elegancia y soltura.

El trabajo, fundamentado en bibliografía especializada y con un aparato crítico basado en documentación de primera mano, no sólo aporta conocimientos nuevos, sino que destaca por su metodología. El autor, en este

sentido analiza la comunidad diocesana aplicando los métodos y criterios que los sociólogos utilizan en el estudio de las colectividades humanas. Pero, con todo, en el libro no se ignora ni se niega al alma de la comunidad cristiana, que es la fe de los creyentes, pero se prescinde de ella en la presentación de las personas eclesísticas o de las instituciones religiosas. Se logra así un aire de libertad, en el que no faltan toques críticos sobre algunas actitudes de los dirigentes que parecen menos conformes con los ideales evangélicos, o sobre algunas costumbres populares contaminadas por una religiosidad aparente, superficial. De todas formas, el investigador alcantino se deja llevar por la vertiginosa épica del sentimiento, es tierno con la debilidad humana y duro con la falta de compromiso. Su obra lejos de un férreo hermetismo y de un tratamiento simbólico, críptico o metafórico se decanta –por el contrario– por un tratamiento epidérmico e inmediato de lo analizado, en el que los seres, los protagonistas de la historia viven entre las páginas del libro.

La obra comienza trazando el marco geográfico y contexto histórico que repercuten en la organización diocesana. La disminución territorial de la diócesis desde el Concordato con el régimen franquista de 1953 produjo un descenso demográfico en los sacerdotes, aunque fue la explosión anticlerical de 1936 (127 eclesiásticos asesinados) la que suscitó el mayor

desastre. El marco histórico queda perfectamente trazado por el autor: en una Europa de entreguerras –la Europa de la guerra civil (Enzo Traverso, etc)– donde la lucha de clases rebrota con virulencia (su agudización es periódica en diversos decenios del siglo XX: mayo del 68, huelgas de los obreros de la Renault en Francia en la misma década, encrespamiento de los conflictos sociales de los años 70), y en la que sin embargo la Iglesia católica soslaya con suma inteligencia las dificultades, no sólo haciendo suyo el mensaje de Cristo, sino también la frase del pintor y poeta visionario romántico británico William Blake de respetar como sagrado todo aquello que tiene vida: en la Baviera soviética, el obispado católico solicita de los feligreses que legitimen el nuevo régimen político, participen en el sistema de elecciones libres vigente, y se presenten a él, con su propio partido, el de los demócratas-cristianos bávaros; en la España donde el hambre de terrenos de cultivo, el desequilibrado reparto de la propiedad de dichas tierras y la existencia de bolsas de miles de jornaleros sin propiedad alguna son la clave de bóveda del principal problema socio-económico, la Iglesia intenta ajustarse a su tarea pastoral, en una sociedad desgarrada entre dos mundos, y donde entre un mundo y el otro surge un muro de desconfianzas, de incompatibilidades, de vigilancias y de represiones.

De hecho la guerra civil del 36 al 39, apuntó el sociólogo Rogeli Duocastella, supuso dentro de la Iglesia española una línea divisoria más profunda aún que la marcada años más tarde por el Concilio Vaticano II¹. Para los católicos más tradicionales, la proclamación de la Segunda República equivalía a una catástrofe². República, en su imaginario, significaba persecución contra la Iglesia. Es por ello que algunos católicos no podían, por tanto, aceptar el nuevo régimen; dicho de otra manera, para ellos fe y republicanismo resultaban difícilmente compatibles en las circunstancias concretas de la España de 1931, en la que República y anticlericalismo van de la mano. Sin embargo, otro sector de la Iglesia, más pragmático, aceptó el nuevo orden constituido. Para ellos, los principios cristianos constituían –en pureza– y en su opinión, el fundamento de una democracia auténtica³. A su juicio, no solamente era lícito, sino exigible, que un creyente respaldara a la naciente República. Con un apoyo activo, no pasivo, ya que estaban en juego la paz y el orden del país. De hecho, la mayoría de los católicos se decantó por esta aceptación

del status quo, aunque sin renunciar a cambiar, desde dentro del sistema, la legislación que se interpretara como hostil a la Iglesia.

El Vaticano, obrando del mismo modo que en Baviera, amparó esta línea de pragmatismo, de cara a pacificar los ánimos y garantizar el mantenimiento del orden. Por el contrario los republicanos, mientras tanto, consideraban que, si se quería modernizar el país, resultaba esencial limitar el poder de la Iglesia. Ésta, a juicio de la izquierda, constituía el gran obstáculo que impedía homologar España con el resto de Europa. Por tanto, había que separarla del Estado, alejarla de los centros educativos y limitar su poder económico. Sin embargo, faltó diplomacia y sentido de las prioridades en la actuación de las fuerzas progresistas. El hispanista Nigel Townson tiene razón cuando señala que se quiso ir demasiado rápido. De 1931 a 1933, los republicanos intentaron alcanzar una separación entre la Iglesia y el Estado que en Francia se había efectuado en veintiséis años, en un contexto de estabilidad constitucional que aquí brillaba por su ausencia. Por otra parte, los políticos franceses dieron muestras de un pragmatismo que contrastaba con la inflexibilidad de sus homólogos peninsulares. Vilar acaba recalando que una explosión anticlerical como la del verano de 1936 fue, en parte explicable, atribuyéndola a la existencia en la diócesis de Cartagena de una masa popu-

1. vv. AA., *La Iglesia católica y la guerra civil (cincuenta años después)*, Madrid, Fundación Dietrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad, 1990.

2. Véase RAGUER, Hilari, *La espada y la cruz (la Iglesia de 1936 a 1939)*, Barcelona, Bruguera, 1977.

3. Véase MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, *La Iglesia rebelde*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2013.

lar mayoritaria, presa de la miseria y la ignorancia, diezmada por las endemias y la emigración, y en considerable medida desatendida pastoralmente, que identificaba a un clero distante, rutinario y acomodaticio con la minoría dominante, los caciques tradicionales de la región, unas pocas familias emparentadas todas entre sí que practicaban las grandes virtudes burguesas: la honradez profesional, los vínculos familiares estables, la práctica religiosa, una ética sexual muy rígida, casi victoriana, y el ejercicio de la caridad hacia los pobres. Pero poco sensibles a los grandes problemas estructurales de un mundo en vísperas de revolución, y a los gritos de las grandes masas desfavorecidas pidiendo una sociedad más justa e igualitaria (p. 8).

A partir de ahí, comienza el segundo bloque del volumen, dedicado a los obispos de Cartagena y a su actuación pastoral. Al respecto, el autor es un maestro en el tratamiento de las biografías ambientales. Por ello, la galería de los obispos del siglo XX no carece de una problemática que se quede en las simples semblanzas biográficas, porque en realidad van más allá: ofrecen los datos personales de cada uno y de su estrecha conexión con los momentos políticos, sociales y eclesiales del tiempo en que ocuparon el obispado. Vilar se ocupa no sólo de sus acciones o actuaciones prácticas, sino también de su proyección como escritores, a lo largo de una

labor digamos topológica: de localización de la conciencia espiritual con respecto al pensamiento; de este con respecto a la palabra, y en otros casos a la técnica literaria, y de la palabra respecto al conocimiento y a la labor eclesial como tales. De ese modo, la biografía de los obispos se convierte en el soporte de la historia diocesana.

El primero de los estudiados es Vicente Alonso y Salgado (1902-1931), “entre la tradición y la modernidad” en la España de Alfonso XIII, escolapio gallego, que alentó los fervores corazonistas y marianos, y promovió los círculos obreros en la renovación de las actividades apostólicas. A continuación se pasa a la figura de Miguel Díaz y Gómara (1935-1949), que encarna la etapa del “nacional-catolicismo”, navarro intelectual y publicista, que escapó disfrazado en 1936 y regresó después de la guerra mostrando una sintonía total con el régimen. Son años en la diócesis de Cartagena propios de un contexto de miseria material y moral, de opresión y represión, en que tuvieron lugar con total impunidad abusos de todo tipo, encausamientos y ejecuciones sumarias, o simplemente brutales ajustes de cuentas, ante el silencio de la autoridad eclesiástica, plenamente identificada en esta diócesis con la nueva situación política y que en el mejor de los casos se limitó a ignorar cuanto acontecía en derredor. Una actuación que fue la mayoritaria en ambientes eclesiales españoles del momento y

por la cual la propia Iglesia pediría públicas disculpas años más tarde (p. 29). El siguiente prelado analizado es Ramón Sanahuja (1950-65), entre la involución y el cambio, catalán de origen campesino, conservador como su antecesor, pero más pastoral y humilde, que en sus últimos años, postrado por la enfermedad, alcanzó los comienzos del Vaticano II. Es sucedido por Miguel Roca Cabanellas (1966-78), bajo el signo del Concilio y de la Transición a la democracia, un mallorquín intelectual y aperturista, que se esforzó por acomodarse a los nuevos tiempos, llevando a cabo un nítido distanciamiento respecto del régimen franquista cuando éste tuvo no menos de 30 curas en la cárcel por motivos políticos, negándose siempre a dar su consentimiento para que los procesos contra estos sacerdotes fueran adelante, y que no dudó en enfrentarse a la patronal conservera murciana denunciando los abusos de que eran objeto los trabajadores del sector (elevada proporción de mujeres y menores subcontratados, jornada laboral de hasta 10, 12 y más horas, bajos salarios con recortes ilegales y frecuente ausencia de seguros sociales, pésimas condiciones de trabajo en cuanto a seguridad, higiene, etc.) (pp. 44-45). Toda una sutil y sugerente metáfora de cómo se posiciona la Iglesia católica a partir de los años 60 frente al régimen autoritario franquista y sobre cómo no se produjo la claudicación de la inteligencia creadora fren-

te a la fuerza bruta del régimen surgido de la guerra civil que, usando una lógica fría y correosa, se convertía en imparable apisonadora. La larga historia de los católicos progresistas españoles, desde 1812 y desde sacerdotes de la talla de Diego Muñoz Torrero, el liberal defensor de la Constitución de Cádiz queda así vívidamente reflejada.

Se nos invita a pensar, pues, sobre cómo en el seno de la Iglesia los creyentes más contestatarios han buscado desde nuestra primera Constitución la manera de armonizar fe y liberalismo, así como en el siglo XX muchos católicos españoles –bebiendo en este caso del primitivo franciscanismo– han intentado hacer compatible fe y marxismo (adelantándose a los esfuerzos del notable pensador Leonardo Boff, de la Teología de la Liberación o del propio sandinismo nicaragüense de los años 70). Y de hecho en el periodo de la dictadura franquista, militantes de diversos grupos confesionales se implicaron decisivamente en la oposición al régimen⁴. Los dos últimos prelados analizados son Javier Azagra (1978-98), obispo posconciliar, y Manuel Ureña (1998-2005). El primero es presentado como un pamplonés de vocación tardía, animoso impulsor de los decretos conciliares y de medidas valientes que provocaron la oposición de algunos sectores.

Las semblanzas y biografías de estos obispos son encajadas perfectamente en el ambiente de cada época.

4. *Ibid.*

Los problemas que se planteaban en la diócesis eran los mismos que se vivían en la Iglesia en general o en España en particular. Cada obispo los encajaba a su manera de ser y gobernar, con los aditamentos específicamente murcianos de las festividades locales o de las tradiciones populares. El monarquismo episcopal produce la sensación de que la biografía del obispo determina la historia de la diócesis; aunque en el fondo se adivina la presencia del pueblo creyente, que soporta el entramado jerárquico. En este sentido, son semblanzas ambientales las que este libro nos ofrece. El espíritu de cada época se refleja en los obispos. Hasta el punto de que uno se pregunta si es el obispo el que imprime carácter a la diócesis, o es la diócesis, el pueblo cristiano, el que impone el ambiente a sus preladados. Las semblanzas de los obispos se complementan con la atención a tres instituciones eclesiásticas: el cabildo catedralicio, el seminario y las congregaciones religiosas. La primera de ellas, el cabildo con sus dignidades y canónigos, forma la aristocracia del alto clero, una minoría dirigente que influye en el culto y liturgia de la diócesis. El autor resalta la valía de estos hombres, entre los que hubo buenos predicadores y publicistas, y dedica sabrosas pinceladas a los cinco decanos vitalicios, capaces de competir con los obispos o de convertirse en su mano derecha.

El análisis de los sacerdotes diocesanos se fundamenta en el origen

de su formación, en los dos seminarios, mayor y menor. Las tablas estadísticas confirman la abundancia de vocaciones en los años 40, 50 y 60, mientras se apunta al anquilosamiento de los estudios y al rigorismo disciplinar de aquellos años. Las estadísticas descubren el grado de perseverancia de los seminaristas, que, cuando llegaron a sacerdotes, sufrieron el impacto de la secularización posconciliar, especialmente en los años 70. Entre 1964 y 1999 se secularizaron 118 sacerdotes (19,6%). El claroscuro tiene aspectos positivos, como la atención misional, docente o educativa en Iberoamérica, pero el descenso de vocaciones en el último tercio del siglo no deja de ser preocupante. Sobre el clero regular masculino y femenino se ofrece la tabla de 134 comunidades, de las que 107 son de religiosas.

Por último, la proyección social se estudia principalmente a través de las asociaciones de seglares, cuya andadura sigue las pautas cronológicas de la Iglesia española. Tras el paréntesis de la República, siguió el auge de las movilizaciones católicas de la posguerra y la reorganización de las asociaciones, empezando por la Acción Católica. A Murcia llegaron los movimientos apostólicos especializados (HOAC, JOC), pero también llegó la gran crisis que no logró detener el talante conciliador y progresista del obispo Roca. De los 71 sacerdotes comprometidos entonces con el movi-

miento obrero, 34 pidieron la secularización. El investigador alicantino, en este punto, nos recuerda asimismo cómo las manifestaciones de religiosidad fluctúan entre los afanes de renovación y la persistencia de la rutina. El autor se vale de una encuesta de 1970 sobre las prácticas religiosas, y otra de 1989 sobre la religiosidad popular, con resultados no muy halagüeños (p. 98). Así, cuando se analiza el espectro de las procesiones de Semana Santa, las fiestas religiosas anuales más relevantes por la movilización de fieles que conllevan, con mucha finura y perspicacia, los sacerdotes encuestados –dotados asimismo de una visión muy intelectualista de la religión– critican su excesiva secularización, el nulo recogimiento, el ritualismo externo, un cierto culto exterior y vacío, y el afán de figurar y de profana competitividad de los feligreses; en su contra, abogan con sagacidad –parafraseando a ese intelectual marxista, P.P. Pasolini, que con tanto acierto aunó marxismo y cristianismo– por convertir la Semana Santa en algo parecido a una *hierofanía*, una purificación ritual, solemne y austera, mística, de vivencia interior del feligrés. Con todo, Vilar considera que, a finales de siglo XX, el asociacionismo gozaba de buena salud, pues surgieron otros movimientos apostólicos alternativos: Opus Dei, Camino Neocatecumenal, Renovación Carismática y otros varios, más o menos impulsados por la jerarquía eclesial. Entre estos movimientos re-

novadores destaca la creación de la Universidad Católica.

En definitiva, nos encontramos ante un libro de referencia que ante todo integra, selecciona, pauta, y además invita a abrir nuevas investigaciones que arrojen luz sobre cuestiones vinculadas a la construcción identitaria de la nacionalidad española durante el siglo XX. La explicación histórica debe integrar las aportaciones de la historiografía que abren nuevos campos a la reflexión histórica. Debe incluir, por ejemplo, la historia de las religiones y sus aspectos clave de repercusión en la estructuración de la trama social, y esta obra, que tiene el mérito de invitar al pensamiento y a nuevas lecturas, en particular no se ciñe en exceso a las interpretaciones que ajustándose demasiado a lo antropológico, psicológico o espiritual ofrecen un paradigma difícilmente historizable; por el contrario presenta la estructura religiosa no como una célula aislada, sino vinculada a una determinada organización de la producción, a una estructura de clases, es decir nos ofrece una perspectiva de explicación social.

FRANCISCO MANUEL PASTOR
GARRIGUES

IES Sanchis Guarner, Silla, Valencia

RODRIGUEZ BRANCHAT, Rosa, *La construcción d'un mite. Cultura i franquisme a Eivissa, 1936-1975*, Catarroja, Editorial Afers, 2014, 186 pp.